

tido una travesura de mal gusto, se juzga acreedores á ser sometidos en la misma Capital del Estado á un Consejo Militar, que en nombre de la Federación los juzgue. ¡Consejo Militar para juzgar á quienes encendieron un judas á media noche!

Acude el pueblo, legítimamente alarmado ahora por el alboroto que los mismos defensores de la paz improvisaran; se atreve á hacer demostraciones de simpatía en favor de aquellos á quienes claramente se trata de atropellar sin otra causa que ese enfermizo prurito de persecución de que los tiranos medrosos adolecen; y cuando el Presidente del Club y distinguido caballero D. Francisco Naranjo (h), haciéndose intérprete de sentimientos que palpitaban en todos los pechos, con franqueza declara á los *prisioneros* que su aprehensión es honrosa, y segura su pronta libertad; el mismo cabo de rurales, siempre pronto á trastornar el orden que debía guardar y á poner en peligro derechos que se han colocado bajo su protección; con voz altanera y estentórea da la arbitraria orden de «¡silencio!» como si para él y sus inspiradores fuese una necesidad de vida ó muerte el sofocar todas las lamentaciones de indignación, todos los sentimientos que revelen vigor y valentía, y todos los gritos que simulen una protesta ó sean eco del descontento público

Se oyen dos disparos que lanza el mismo oficioso cabo de rurales. La alarma cunde y el escándalo se improvisa, porque así lo quisieron los guardianes del orden.

Y como si no bastara tanto exceso y torpeza tanta para dar gusto al elevado personaje cuyas secretas instrucciones se ejecutaban, amarráronse con fuertes cordeles á los presuntos responsables de la explosión de un «judas.» Ya antes habían sido abofeteados y cubiertos de improperios, en castigo de su enorme delito, de la tremenda falta de haber incurrido en el desagrado de un mandarín suspicaz y voluntarioso.

Pero los propósitos de los guardianes del orden iban mucho más lejos y de seguro no se saciarían con tan poco. Breves instantes después la casa del Sr. Ing. Naranjo se hallaba literalmente sitiada por las fuerzas fe-

derales; compactas patrullas recorrían las calles inmediatas, y no se dejaba el paso libre á ningún transeunte sin haberlo examinado cuidadosamente á la luz de una linterna. Se esperaba reconocer en alguno de ellos al Sr. Naranjo, á quien seguramente no estaba reservada ninguna feliz aventura. El enigma se aclaró bien pronto. Con voz perfectamente perceptible y que muchas personas escucharon, entre ellas el mismo aludido, tuvo uno de los hombres que militaban en las fuerzas sitiadas, la franqueza de exclamar frente á la casa de Naranjo: «Si intenta entrar ó salir el Sr. Naranjo, se le hace fuego sin más consideraciones y se le mata como á un perro.» Afortunadamente el ciudadano amenazado de un modo tan feroz, se hallaba en su casa, á donde había llegado en coche. Si no hubiera sido por esto, si el Sr. Naranjo se hubiera dirigido á pié de la Estación á su casa, muy probablemente los sitiadores hubieran conseguido su objeto.

48 horas duró el asedio. El Sr. Naranjo se rindió tan luego como hubieron presentado orden escrita de autoridad competente, y desde luego con toda pompa y oficial regocijo, fué conducido á la ciudad de Monterrey, tan conocida en la historia de nuestras tiranías.

Complicándose entre tanto los sucesos como en trama infernal y sucediéndose con rapidéz creciente, eran cateadas las casas de los principales liberales del pueblo, registradas sus cartas más íntimas y villanamente turbada la tranquilidad de sus hogares.

Estos detalles, rudos y saturados de encono, como lo son la mano y la conciencia de quien los combinó y mandó ejecutar, se traducen en dos solas palabras: *persecución gratuita*. Sólo atribuyéndolos á un apasionamiento desbordante, á una explosión violenta de rencores, á una ojeriza desenfrenada y brutal, puede comprenderse el por qué de tantas vejaciones injustificadas, de un derroche tan malsano de arbitrariedades y de violencias, y de un procedimiento que por lo cínico y por lo necio, ha de recordarse siempre cuando la poste-